Agradecimiento a los perros y gatos

Alberto Zamuner

Capítulo 1

A primera vista agradecemos a los perros y gatos por estar con nosotros. Pero al mirarlos más seriamente descubrimos que además, sin saberlo y sin proponérselo, nos están enseñando algo muy digno de aprovechar.
Una vez nació en los seres vivos la capacidad de pensar, y alcanzó niveles más y más altos en lo que llamamos humanidad.
Ejercitando ese poder, tras emanciparnos de los peligros de la selva creamos el lenguaje y el concepto, tan útiles para comunicarse con otros como para decirse algo a sí mismo.
De ahí que, a no ser que durmamos, pasamos nuestras horas pensando.
Sabemos de las maravillas nacidas de nuestra capacidad de pensar, y no cabe duda de que valió la pena adquirirla.
Pero nos queda la sospecha de que el pensamiento no deriva exclusivamente en satisfacciones.
Aquí corresponde evitar otra clásica suposición a primera vista: creer que el lado malo del pensamiento se limita a la capacidad de mentir o de inventar medios de destrucción.
Además de la relación con los otros existe la relación con uno mismo, y el consiguiente poder del pensamiento para perjudicarnos en este terreno.
Es lo que más corresponde atender al preocuparse por vivir bien.
Que hayamos desarrollado la capacidad de pensar, y que esta nos haya llevado a un nuevo escalón de la vida, no significa que pensar sea un beneficio durante todos y cada uno de nuestros minutos.
Como los cuchillos sirven para preparar comida o para lastimarnos, como los aviones sirven para llegar lejos o para estrellarnos, el pensamiento, esencial para saltar de la vida biológica a la vida humana, es una capacidad con la que nos favorecemos y a la vez nos arriesgamos.
Además de concebir inventos beneficiosos, además de captar y disfrutar la genialidad de otros, el pensamiento puede conceptualizar lo que no necesita ser conceptualizado, cargar con el título de maligno o insoportable a lo que forma parte de la naturaleza, generar infinidad de preocupaciones inútiles, asignar números y moldes a la felicidad a que aspiramos, y así despedazarla cuando la teníamos casi a nuestro alcance.
Quien lo considere encontrará más de un ejemplo en su propia vida.
Así que cualquiera de nosotros, viendo a esos animales con que una vez competimos y hoy la pasan tan bien en nuestras casas, puede preguntarse si no convendría, al menos por un rato, pensar tan poco como ellos.
Su mirada con más sentimiento que complicación, su inigualable satisfacción al reposar sin pensar, su amor sin especulaciones, nos sugieren que algo anda en ellos mejor que en nosotros.
Los humanos nos muestran los prodigios de la inteligencia; los animales nos recuerdan que antes de la inteligencia había otra maravilla: la belleza espontánea de la vitalidad y el sentimiento.
Algunos aprecian a los animales como un modo de despreciar a los

humanos. Para mí es preferible el desafío de ser humano; la complicación y la fascinación de ir más allá de lo hasta ahora conocido.
Es cierto que los animales no cometen tantos errores porque no pueden, y que en los humanos hay más ensayo-error en busca de satisfacciones que intención de hacer daño.
No es que los perros y gatos sean más virtuosos que nosotros: es que no poseen la capacidad de pasar del instinto a otro nivel. No tienen a su alcance la superación ni la monstruosidad.
Pensar es saltar más allá de la animalidad hacia "algo" inimaginablemente mejor. Sin embargo, junto a esta capacidad adquirimos la de cometer mayores errores. Uno de los principales es el hábito de pensar ininterrumpidamente, durante cada segundo y en cada detalle de lo que vemos.
Ya que somos inteligentes, aprovechemos la inteligencia. Nuestra próxima superación puede consistir en ser más dueños de nuestro pensamiento. Ponerlo en marcha en el momento en que convenga y luego poder dejarlo a un lado, como quien apaga el televisor para descansar.
Pensar más de lo necesario, sepultar en vez de disfrutar nuestro silencio interior, generar con la mente montañas de tonterías o torbellinos de preocupaciones por detalles inútiles, puede hacer trizas nuestra posibilidad de ser felices.
Mientras tanto, los perros y gatos siguen allí cerca, mostrando que hay otros modos de vivir.